

Inventar un mundo para volver a tomar el Batallón: autobiografía y ciencia ficción en “2073” de Félix Bruzzone

Sandra Fernández Gómez¹

ISFD N° 21

sandrafernandez@hotmail.com

Resumen: En “2073”, Félix Bruzzone narra un episodio real en el que participó su padre: la toma del Batallón 141 de Córdoba. La primera persona que asume el narrador señala al escritor, hijo de desaparecidos; sin embargo, el relato construye su diferencia del testimonio autobiográfico a través de una distancia temporal que rememora y repite el acontecimiento cien años después, en un universo en el cual simulacro y realidad resultan indiscernibles. La gesta heroica del ERP queda transfigurada no sólo por la revaloración de una memoria que evoca las consecuencias de la derrota al nivel de la propia biografía, sino también por la postulación de un futuro cuya posibilidad es proyección de una lectura del pasado y del presente. Los personajes hacen su periplo en un país de geografía descoyuntada, cuya economía se sustenta en los planes y en el trueque, y los márgenes de lo legal se difuminan tanto como los de lo real. En la distopía que Bruzzone inventa no hay política ni ética, sólo el deseo de revivir el acto del padre para poder encontrarlo. La ficción desarticula el testimonio, pero lo íntimo deviene acción, y la escritura inventa al mismo tiempo un yo y un mundo.

Palabras clave: Bruzzone – “2073” – ciencia ficción – autobiografía – desaparecidos

Abstract: In “2073,” Felix Bruzzone narrates a true episode in which his father participated: the seizure of Battalion 141 of Córdoba. The first person who assumes the narrator marks the writer, son of disappeared; however, the story builds his difference of the autobiographical testimony through a temporal distance that recalls and repeats the event hundred years later, in a universe in which simulation and reality are indistinguishable. The heroic deed of ERP is transfigured not only by the revaluation of a memory that evokes the consequences of defeat at the own biography, but also by the postulation of a future whose possibility is projecting a reading of the past

¹ **Sandra Fernández Gómez** es Profesora y Licenciada en Letras. Estudió en la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeñó como ayudante de Cátedra. Trabaja como profesora de Teoría Literaria en el ISFD N° 21. Ha presentado ponencias en jornadas sobre enseñanza de la literatura y en congresos de literatura argentina. En la actualidad participa de la Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana de la Universidad de Buenos Aires.

and present. The characters make their journey in a country of disjointed geography, whose economy is based on plans and barter, and margins of legality and reality are fading. In the dystopia that invents Bruzzone there are not political or ethical, only the desire to revive the act of the father to find him. The fiction dismantles the testimony, but the intimate life becomes action, and writing invents at the same time an ego and a world.

Keywords: Bruzzone - “2073” - science-fiction - autobiography - disappeared



“2073” refiere un episodio real, la toma del Batallón 141 de Córdoba en la que participó el padre de Félix Bruzzone. En el cuento, el protagonista quiere tomar el Batallón, como su padre. El Porteño comparte algunos rasgos con el escritor, por lo menos de filiación. Sin embargo, el relato construye su diferencia del testimonio autobiográfico, en primer lugar, a través de la distancia temporal anunciada en el título: cien años después, el episodio no sólo puede ser recordado, sino también repetido, en un país en el cual simulacro y realidad resultan casi indiscernibles. La gesta heroica del ERP es revivida por un personaje autobiográfico, pero el episodio se ambienta en un futuro distópico. Los hechos de 1973 quedan transfigurados, no sólo porque los evoca una memoria fragmentaria, falible, engañosa, sino también porque las consecuencias de la derrota posterior alcanzan a la propia biografía desde la que se elige escribir.

En el caso de Bruzzone, escribir desde la biografía no es dar testimonio individual, sino inventar un mundo cuya condición de posibilidad proyecta una lectura del pasado y del presente. Los padres de Félix Bruzzone fueron víctimas del genocidio llevado a cabo por la última dictadura. El genocidio, señala Hannah Arendt, no es comparable al asesinato: el asesinato aflige a los deudos, mientras que el genocidio “quebranta un orden distinto y perjudica a una comunidad distinta” (162). Bruzzone es víctima de genocidio; en su literatura, lo biográfico no queda restringido al testimonio individual. Lo íntimo deviene colectivo, y la escritura inventa un mundo que es consecuencia del genocidio, y también inventa un yo futuro que sigue apostando a que los actos de su padre tengan sentido. La toma del Batallón vuelve a ser posible, siquiera como simulacro.



La persistencia de las preguntas

A partir de la adultez de los hijos de desaparecidos, se han generado nuevas organizaciones, nuevos métodos de lucha y también nuevas preguntas. Algunas de las preguntas necesitaron, para poder ser formuladas, que, tras las leyes de impunidad y los indultos, una nueva hegemonía política –que necesitó para su consolidación, luego del “que se vayan todos,” de la alianza con los organismos de derechos humanos– posibilitara la reapertura de los juicios a los genocidas. Los hijos reclaman justicia por sus padres e intentan valorar su memoria, como lo hacen desde tiempos de la dictadura las Madres y las Abuelas, pero además preguntan quiénes fueron, cómo vivieron, cuál fue el sentido de sus actos. Los interrogantes, que habían permanecido en silencio cuando la necesidad de justicia impuso la puesta en primer plano del carácter de víctimas de los desaparecidos, encontraron en la voz de los hijos una enunciación que puede ser reconocida como legítima para preguntar, más allá de los horrores del genocidio, cuál fue el sentido de los actos de los jóvenes militantes de los setenta.

En esta línea podemos ubicar la película “Los rubios”, de Albertina Carri, estrenada en 2003, en la que la directora busca indagar acerca de sus padres, sin quedar fijada en la compasión ante las víctimas ni la admiración a los militantes. Carri pregunta cómo eran sus padres, qué pensaban, por qué eligieron vivir así, por qué la dejaron. Desde una posición que parece infantil, reforzada en el montaje por artefactos como los muñecos de moda en los 80, ella pregunta qué sentido tuvo lo que hicieron los padres.

Félix Bruzzone también descarta la adscripción a respuestas ya dadas. Lo hace de un modo tan radical que entrevista a hijos de militares represores² e inclusive a genocidas presos.³ Prefirió no militar en HIJOS,

² “Hijos de represores: 30 mil quilombos” en:



dice, porque se dio cuenta “de que no necesitaba hacerlo”. Y relaciona inmediatamente esta elección de su vida con su trabajo como escritor: “A mí no me interesa hacer algo reivindicativo, la literatura no sirve para eso. La literatura tiene que cuestionar y mostrar tensiones; trabaja más en la dimensión de la representación de las cosas que (en la) de las cosas en sí”.⁴

Beatriz Sarlo escribió, cuando Bruzzone había publicado sus dos primeros libros, que al fin había sonado “la hora” para que el tema “desaparecidos” se distanciara de “su tratamiento más previsible”. Agregaba:

Quando un tema grave logra, finalmente, liberarse del biempensantismo, se convierte en algo que la literatura puede tocar. *Los topos* se afirma en el derecho de hablar de cualquier modo sobre la ausencia de los padres desaparecidos; es el derecho de la literatura.

En el cuento “2073”, Bruzzone hace literatura con el acto heroico del padre. La pregunta por el sentido de la militancia se formula desde el retorcimiento que la ciencia ficción posibilita: cien años después, cuando todo acto pueda ser absorbido por la indefinición del simulacro, ¿qué sentido tendría repetirlo?

El pasado como mercancía

En el futuro que postula, los personajes hacen su periplo en un país de geografía descoyuntada, cuya economía se sustenta en los “planes” y en el trueque, y los márgenes de lo legal se difuminan tanto como los de lo real. Es un universo hostil, en el que llueve permanentemente y los personajes son “ilegales” sin que se sepa por qué.

<http://www.revistaanfibia.com/cronica/hijos-de-represores-30-mil-quilombos/>

³ “Paciencia de tenedores y cucharas” en:

<http://www.revistaanfibia.com/cronica/paciencia-de-tenedores-y-cucharas/>

⁴ Silvina Frieria, “Cómo rastrear el pasado con las letras”, en *Página 12*, 12 de septiembre de 2008. Consultado en:

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-11256-2008-09-12.html>

La toma del Batallón 141 aparece evocada en la primera parte del cuento. Lukra, la novia del narrador, advierte: “cuidado, que ese Miguel no te salga con una de sus historias, lo de tomar ese Batallón o lo que sea, eso fue hace como cien años”. Efectivamente, Miguel, antiguo compañero del padre, le habla al protagonista de “papá, de los traidores, de los que murieron por todo eso, de los que deberían haber muerto después”. Miguel, que porta en la ficción el apellido de Félix Roque Giménez, padre de Félix Bruzzone, no convoca al recuerdo sino a la acción: “había que hacer algo cuanto antes, así que ahora digo bueno, vamos” (180).

En la segunda parte otro amigo, el Peludo, se suma al viaje. Disponen de un elemento valioso para trocar por un transporte: máscaras hechas “con caras de verdad, todos NN” (179). La procedencia de las máscaras nunca se aclara, pero el simbolismo se hace evidente cuando se mencionan, unas páginas después, los colmillos de tigre dientes de sable que se han puesto de moda: las reliquias han perdido su sentido histórico, pero son valiosas como mercancía.

Ilusión y tensión

Cuando llegan al lugar donde canjear las máscaras NN por un vehículo que les permita arribar al Batallón, mientras se resuelven los obstáculos para el trueque, el Porteño va a ver una “banda”. El narrador había mencionado, dos apartados antes, una banda que Lukra había robado: una ilusión visual parecida al cine, pero en la cual existe la posibilidad de “saltar de la plataforma” para poder “descifrar”. El porteño quería hacerlo, pero Lukra lo impidió porque la banda podía estar “contaminada”, y eso la tornaría peligrosa. El narrador agrega:

Y es verdad: tengo dos amigos que pasaron diez años encerrados en una banda, todos los daban por muertos hasta que un día volvieron con la ropa hecha harapos, tierra bajo las uñas, en los

ojos una furia tenaz, odiosa, y hasta que un juez no los mandó a una de esas bandas de recuperación ellos no dejaban de decir que el futuro no es lo que prometen (184).

Desde la primera mención, las bandas son un entretenimiento y también otra cosa: la posibilidad de descifrar, de conocer el futuro, y al mismo tiempo el riesgo de lo impredecible si se transgrede el límite demarcado. Cuando el Porteño, mientras esperan para poder canjear las máscaras NN, va a ver una banda, una voz por el parlante aconseja no intervenir. Camino a la plataforma de visualización, un viejo se confunde, entra a una caverna y sale transformado en vampiro. En la plataforma, una de las espectadoras no soporta que la escena erótica quede ocultada al público y corre a ver más allá del límite: es mordida por una serpiente. La banda es un simulacro, pero hay dos víctimas.

En la parte siguiente consiguen canjear las máscaras NN. El trato resulta complicado en un momento por la actitud de Miguel, que hace que el hombre con quien negocian se sienta intimidado y reaccione haciendo salir varios androides de entre las chapas. El movimiento de los androides, muy rápido y como si volaran, provoca el comentario de Miguel: “La ilusión es perfecta”. El hombre rectifica: no es ilusión, es tensión. Como las motos para andar en el agua que se llevarán, los androides se mueven gracias a la tensión superficial. Y, aunque a la vista ese movimiento parezca ilusorio, las motos viajan, rumbo a Córdoba, hacia el Batallón.

Realidad, ilusión, simulacro, resultan conceptos que se diluyen en el mundo que Bruzzone inventa. Hay cigarrillos para fumar bajo el agua y motos que andan sobre ella, hay máscaras de NN y colmillos de tigre dientes de sable, hay gendarmes y funcionarios, hay “bandas” que permiten revivir actos ajenos, paisajes ilusorios, juventud eterna. Todo es fluido: la lluvia cae sin parar, la inundación corre bajo los pies. La gente también se mueve, en una suerte de nomadismo cuyas causas se suponen lindantes con la



supervivencia. Los protagonistas, a diferencia de “los chaqueños” y otros compañeros de ruta, viajan con rumbo y propósitos decididos. Pero el itinerario no traza un camino en una realidad preexistente, sino que se mantiene en tensión sobre un universo que fluye sin distinciones entre lo real y lo simulado.

Gracias al simulacro, el desaparecido aparece

En Córdoba, los viajeros encuentran sus fantasías transformadas en ilusión: árboles con inmensas peras, ninfas voladoras, cascadas de vibrantes grageas de colores. La lluvia sigue, pero no hay inundación, porque el agua recircula por zanjas vidriadas. También el Porteño, Miguel y el Peludo se mueven en círculos, no saben dónde está el Batallón. Las versiones decían que podía haber un museo⁵ o un basural, o que habían instalado una cúpula donde la gente iba a tomar sol desnuda. La última versión, que parece la más inverosímil, es la que encuentran. Ya no hay memoria del operativo del ERP, ni del campo de tortura y exterminio, ni del sitio de la memoria. Pero la tecnología permite reconstruir imágenes, ambientes, sensaciones; incluso permite participar en la acción. Los protagonistas encuentran a Tuco, a quien Miguel ya había calificado de “topo”, que los mete en una banda con la promesa de que podrán ir donde más les guste. Los amigos pasan semanas girando por un maizal, hasta que Miguel encuentra en un grano de mazorca el mapa del maizal. En ese grano también pueden verse muchas cosas, entre ellas

las imágenes de la toma del Batallón 141. Papá, que en 1973 era conscripto, llega en la madrugada del lunes, después del franco del domingo, dice la contraseña, le abren. Atrás de él –estaban escondidos– varios jóvenes se precipitan sobre los guardias. Los golpean y los atan. Luego ingresan a uno de los pabellones, toman

⁵ En la actualidad el Batallón 141 está señalado como sitio de la memoria, pero ha sido adquirido por Eurnekian, quien proyecta un mega emprendimiento inmobiliario.

varios rehenes, cargan armas, todo tipo de armas, en la oscuridad no se alcanza a ver, y se llevan todo en un Unimog que abandonan en las afueras. No hay muertos, no hay sangre (204-5).

En principio el hecho es visualizado como ocurrió cien años atrás, pero luego “la escena sigue” con la intervención de los viajeros, que entran al grano de maíz y quedan frente al Batallón. La representación del suceso real se transforma en simulacro y el episodio es vuelto a vivir. Miguel consigue entrar, reduce a los guardias, les abre al Porteño y al Peludo y entre los tres toman el Batallón. Cuando están deliberando acerca de cómo continuar, alguien los llama: es el padre del Porteño, que aparece con “Los Decididos de Córdoba” y los invita a subir al Unimog. Pasean por las calles y las espinas de los bulevares se hacen blandas, todo se vuelve idílico: “las armas robadas se vuelven canciones de libertad y papá me abraza, Miguel me abraza, el Peludo nos abraza y los cuatro somos una especie de final feliz sobre un fondo de pájaros cantores” (206). Pero cuando llegan al lugar del encuentro, un ejército ataca a los protagonistas, que repentinamente descubren su inermidad frente al enemigo.

Los aplausos clausuran la puesta en escena y Tuco les da la opción de seguir la historia o salir. El Porteño quiere seguir al padre, pero no puede: el suelo le atrapa los pies. No sabe si es efecto de su indecisión o si es un defecto del simulacro, sólo puede ver, a lo lejos, a su padre que ha quedado dentro de una red, como “un animal enfermo”. Miguel, que elige continuar para hacer “puré de higo” al oponente, también es atrapado. El Peludo y el Porteño vuelven al río, para continuar viajando por ese mundo que fluye. El protagonista tomó el Batallón, vio a su padre, lo abrazó. Y pudo ver en un grano de mazorca que “no parece que el futuro vaya a ser tan malo” (203).



Actos inútiles

Hanna Arendt dice:

Uno de los refinamientos propios de los gobiernos totalitarios de nuestro siglo consiste en no permitir que quienes a él se oponen mueran, por sus convicciones, la grande y dramática muerte del mártir. [...] los estados totalitarios se limitan a hacer desaparecer a sus enemigos en el silencio del anonimato. [...] todo aquel capaz de preferir la muerte a tolerar en silencio el crimen, hubiera sacrificado su vida en vano.

Pero agrega:

Las bolsas de olvido no existen. Ninguna obra humana es perfecta, y, por otra parte, hay en el mundo demasiada gente para que el olvido sea posible. Siempre quedará un hombre vivo para contar la historia. En consecuencia, nada podrá ser jamás “prácticamente inútil”, por lo menos a la larga. [...] Desde un punto de vista humano, la lección es que actitudes cual la que comentamos constituyen cuanto se necesita, y no puede razonablemente pedirse más, para que este planeta siga siendo un lugar apto para que lo habiten seres humanos (140).

El cuento de Bruzzone, gracias al retorcimiento que la ciencia ficción posibilita, reformula las preguntas acerca del sentido de los actos de los militantes de las organizaciones armadas de los '70, y las proyecta más allá de la biografía individual: después del genocidio, ¿qué nos queda de los desaparecidos? ¿Cuáles de sus actos merecen repetirse, a pesar de su aparente inutilidad y de sus evidentes consecuencias nefastas, para que este planeta siga siendo “un lugar apto para que lo habiten seres humanos”?

En “2073”, la toma del Batallón se repite como simulacro en un mundo que se sostiene en tensión entre lo real y lo ilusorio. El cuento también funciona como una suerte de simulacro, en tensión entre lo autobiográfico y lo ficticio, para proponernos visualizar el futuro que podría seguir a nuestro pasado y nuestro presente. El simulacro, señala Baudrillard, produce la confusión del hecho con su modelo y “da lugar a todas las



interpretaciones posibles, incluso las más contradictorias, verdaderas todas” (36). En el simulacro de la toma del Batallón 141 que Bruzzone narra dentro del simulacro de su cuento, se repite la gesta heroica y se repite la ausencia de final feliz: el padre vuelve a quedar atrapado, y también Miguel, personaje que podríamos considerar como una suerte de desdoblamiento del desaparecido que tuvo la fortuna de sobrevivir y de mantener las viejas convicciones. “2073” relata y expande las consecuencias de la derrota de los militantes de los ’70. Sin embargo, todas las interpretaciones son posibles. La repetición del acto heroico, tal vez inútil, cobra existencia gracias a un yo autobiográfico que se proyecta en el futuro para afirmar, trascendiendo la mirada que nuestro presente pueda preferir sobre los hechos del pasado, que no habrá olvido, que siempre quedará alguien para contar la historia, y que nada resultará completamente inútil, por lo menos a la larga.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen, 1999.

Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós, 1978.

Sarlo, Beatriz. “Condición de búsqueda”. *Diario Perfil*, 7 de diciembre de 2008.